

Cada muerte, el fin del mundo

Daniela Rea

Porque cada vez, y cada vez singularmente, cada
vez irremplazablemente, cada vez infinitamente, la
muerte no es nada menos que un fin del mundo.

Jacques Derrida

Esto es lo que hace la guerra. Y aquello es lo
que hace, también. La guerra rasga, desgarr.

La guerra rompe, destripa. La guerra abrasa.

La guerra desmembra. La guerra arruina.

Ante el dolor de los demás, Susan Sontag

Hay un libro de Ricardo Chávez Castañeda de nombre *El libro que se muere*, que cuenta la primera experiencia de distintas personas con la muerte. El primer relato es la historia de un niño y va más o menos así. El niño, que es Ricardo, tiene seis años. Su madre lo mandó a comprar tortillas para la comida. En el camino encontró a un gato negro sobre el pavimento. El niño lo escuchó maullar suavemente. Se puso de cuclillas, miró al gato y el gato lo miró con sus ojos acuosos. “Yo debí saber algo de la muerte porque comprendí que estaba muriendo”. Con la mano libre (en la otra llevaba las tortillas) acarició su cabeza y así esperó en silencio; luego, puso las tortillas en el suelo y con esa mano sujetó la cabeza del gato y continuó acariciándolo, pasó su mano una y otra vez sobre el pelaje negro del gato. Como si fuera un silencioso llanto. Los ojos del gato se fueron secando como un charco acuoso.

Años después, durante la marcha de Javier Sicilia en la Ciudad de México, ese caluroso mes de mayo de 2011, conocí entre la multitud a una señora pequeñita, Rebeca, que andaba sola. Llevaba en mano una cartulina blanca que decía: “Edgar Peralta, 29 años”. Le pregunté a Rebeca si ese joven nombrado en la cartulina era su hijo, me dijo que no. Me contó que un día, estando en su casa en Cuernavaca, escuchó disparos y gritos. Cuando llegó el silencio salió a la calle y vio a un joven tirado en la banqueta afuera de su casa, se acercó y lo escuchó decir que tenía frío. Rebeca entró de inmediato a su casa por toallas, quizá también llamó a la ambulancia, pero eso no importa, porque no llegó a tiempo. Lo cubrió con las toallas y tomó su mano. Y estuvo con él, pasando su mano una y otra vez sobre esa piel desconocida. Como si fuera un silencioso llanto. Los ojos del joven se fueron cerrando y su mano se fue quedando fría.

Lo que entendemos por muerte se va construyendo a partir de las relaciones que

tenemos con ella desde la infancia. A los 10 años entendí que la muerte era el cuerpo de mi abuela Lola que se fue apagando poco a poco, después de 80 años de vida. La muerte era ver llorar a mi papá, al hombre más fuerte que hasta entonces conocía en mi vida, pues a mí, en realidad, no se me moría nadie. Mi abuela Lola había sido una mujer distante con sus nietos.

A los 11 años Luis, un niño que conocí en Culiacán mientras reportaba sobre la dificultad de educar y criar hijos en medio de un contexto de violencia, aprendió que la muerte es una mujer descuartizada, en una bolsa de plástico, abandonada sobre un sofá viejo, en un baldío de la colonia. Luis volvía a pie de la escuela cuando pasó por la escena del crimen. Rodeó a los mirones, se asomó y alcanzó a leer una nota escrita en una cartulina: “vamos por más”.

¿Qué es la muerte, en un país donde más de 200 mil personas han sido asesinadas en la última década? Juan Villoro publicó una columna en *Reforma*, en abril de 2010,¹ en la que escribía “la barbarie no es asunto de estadística” y parafraseaba a Jacques Derrida para decirnos, para recordarnos, para convocarnos a entender, “una muerte es el fin del mundo”. Cada muerte es el fin del mundo.

En este país, donde cada crimen supera al anterior en horror, es necesario entenderlo así. Cada una de las más de 200 mil personas que han sido asesinadas en esta década tiene nombre. Cada una tenía planes, sueños. Cada una asoló a alguien con su partida. Cada una de sus muertes fue el fin del mundo. ¿Cuál sería la historia de esta “guerra” si pudiéramos nombrar a cada uno de sus muertos y saber algo de esos sueños o de quién lo esperaba en casa el último día de su vida? ¿Habría vencedores? ¿Se puede acaso clamar victoria sobre la muerte?

1. Daniel Albarrán, 11 años. Zitácuaro, Michoacán

María Ana Albarrán tenía miedo de las balaceras en la calle y prohibió a su hijo menor salir a jugar. Daniel pasaba las tardes dentro de su casa. Un día, una bala escapó de una persecución entre militares y personas armadas, esquivó postes y azoteas, cruzó dos cuadras, estrelló el cristal de la ventana, entró al cuarto donde Daniel jugaba con su perro, hirió su pierna, la atravesó, salió y la bala terminó incrustada en el colchón. Daniel murió camino al hospital. Un mes después, militares tocaron a la puerta de María Ana, le pidieron permiso para entrar, desbarataron el colchón para buscar la bala y llevarse la evidencia. Sin apoyo

oficial, María Ana cura su dolor por la pérdida de su hijo menor en un grupo de Alcohólicos Anónimos.

2. Óscar García, 30 años. Ciudad Juárez, Chihuahua

Érika se enteró de la muerte de su esposo por la televisión. Fue un día a las 7 de la mañana cuando vio en las noticias el cuerpo de una persona muerta a quien presentaban como víctima de “un ajuste de cuentas”. Érika reconoció el pantalón y los tenis. Después, en la morgue, reconoció su cuerpo. El día de su muerte a Óscar lo esperaban sus hijos Carolina, que tenía 10 años, Karina de seis y Ernesto de tres. En una hoja de papel, Carolina le escribe recados a su papá y los pega en la que fue su habitación, como ese papelito que dice “mándanos ese consuelo que necesitamos porque resignación, nunca”.

3. Jaime Nájera, 43 años. Ciudad Juárez, Chihuahua

Fue asesinado con tres balazos en el estómago y uno más arriba de la ceja, a unas cuerdas de su casa. Esa noche lo esperaban en casa Velia Tovar y Perla, su esposa e hija, que entonces tenía nueve años. Perla quería que su papá la viera participar en el festival escolar. Perla pelea con los vecinos cuando le dicen que a su padre lo mataron porque era “malo”.

4. Elías Ramírez, 32 años. Morelia, Michoacán

La mañana del 1 de enero del 2009 Elías salió de casa molesto con su hijo de 15 años, también de nombre Elías, porque lo descubrió fumando cigarros en la fiesta de año nuevo. El papá estaba decepcionado y se fue sin despedirse. Salió en su motocicleta a hacer su guardia de policía y unas horas después fue asesinado. Días después de la muerte Elías soñó a su papá llegando a casa con su uniforme de policía, lo escuchó quitarse las botas y gritar “ya llegué, canijos”, soñó que se reconciliaba con él. Elías dice que cuando crezca buscará el momento para vengarse, aunque no sepa de quién.

5. Sergio Adrián Hernández, 15 años. Ciudad Juárez, Chihuahua

Una bala de la Border Patrol lo mató el 7 de junio de 2010, mientras jugaba en el borde del Río Bravo. Su hermana Angélica, embarazada de gemelos, se tatuó su rostro en el brazo; su sobrina Angi espera cada tarde su regreso. **EP**

Daniela Rea es reportera, integrante de la Red de Periodistas de a Pie. Se ha especializado en cobertura de la violencia y sus impactos en la sociedad. Escribió el libro *Nadie les pidió perdón* y dirigió el documental *No sucumbió la eternidad*. Ha trabajado en los proyectos “Cadena de Mando”, “Buscadores”, “Mujeres ante la guerra”, “Matar en México” y “Vivir con el narco”, publicados en *Pie de Página* y *Animal Político*.

ⁱ “El enigma carioca”, 2 de abril del 2010, Reforma.